PARA UN PAISAJE

¡Guipúzcoa!

¡Naturaleza expansiva! ¡Naturaleza feraz!

Solo ella y los euskaros que se criaron en los robledales, con el pensamiento en Dios, la vista en los lejanos horizontes del mar, en las neblinas de las montañas, en las cascadas que bajan despeñadas al valle, saben á fondo los misterios de cada declive, las bellezas de cada recodo, de cada arbusto silvestre, de cada mata de flores, de cada relieve granítico de este pais predilecto de Dios, de las auras marinas, del tamboril y del zortziko.

San Sebastián de Guipúzcoa es una gaviota que vino del mar con una azucena en el pico; se posó en la playa y se «esperezó» para secarse; quiso abrir las alas para volar y perderse en el espacio, pero llegó á sus oidos un concierto tal de armonías y perfumes, y á su vista el espectáculo encantado de una naturaleza próvida siempre vestida de fiesta, de los montes poblados de árboles centenarios, de los valles cubiertos de trigo, maíz, verduras y flores, de los pájaros pintados que cantan en la espesura, de las vacas rumiando al compás de un cencerro melodioso; salió del centro del bosque, de las cimas, de los valles un rumor de oración tan tierno y patriarcal, que la gaviota no dudó un instante, plegó las alas y se convirtió en la ciudad más bella, más risueña de las Provincias Bascas, formando el conjunto de sus casas y bosques, de sus playas habitadas y el mar, una reducción artística del paraíso terrestre, al que no falta la manzana simbólica, porque las hay á millares en los árboles que proveen las bodegas de *sagardua.*

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

Setiembre 1893.